

# RICHARD M. NIXON VENDE LIBROS POR PROVINCIAS

MANUEL CAMPO VIDAL

**S**i algún osado profeta hubiese pronosticado hace sólo algunos años que Richard M. Nixon terminaría vendiendo libros por provincias el omnipotente Presidente de los Estados Unidos de América hubiese estallado en una sonora carcajada o habría enrojecido de ira, pero el osado profeta hubiese estado en lo cierto: seis años después de abandonar por la fuerza la Casa Blanca, aquella mañana de agosto en la que dirigió un breve discurso con lágrimas en los ojos a sus colaboradores, el mismísimo Presidente americano andaba de promoción editorial por provincias, por Barcelona y Madrid. (Madrid al fin y al cabo es una provincia más de España, que a su vez no es más que una provincia del vasto imperio americano.)

Insólita pero cierto: era el perfil de Richard M. Nixon el que se distinguía en la penumbra de la barcelonesa calle de Ganduxer sentado en el Mecedes del editor Lara. El inefable Lara, con su inconfundible tipo de antiguo defensa central del Sevilla, C. F., descendió del automóvil en seguida sin temer a nada ni a nadie (una vez trataron de atrcarlo en su portal y metió la mano en su bolsillo sacando una pistola en vez de la cartera requerida). Nixon, en cambio, esperó ritualmente que transcurrieran los diez segundos reglamentarios mientras los agentes de su escolta avanzaban a grandes zancadas desde los automóviles que le seguían. Dibujado ya el "pasillo" protector entre el vehículo y la entrada del restaurante, se abrió la portezuela y descendió Nixon sin dificultades, sin acordarse para nada de sus sesenta y siete años. Efectivamente, era él —quizá algo más alto de lo que las fotos sugerían y algo más envejecido, aunque capaz de desmoralizar a cualquier ciudadano español de su misma edad— el que seguía al rubio agente de la "brigada de los sordos" (merecido mote de los agentes de escolta especial del FBI por su inseparable audífono por el que reciben instrucciones).

Momento apasionante para el hombre que abrió las puertas de China, el que no pudo vencer a los Kennedy más que después de muertos, el que ordenaba secretamente el bombardeo de poblados vietnamitas, momento apasionante, seguramente, el de la presentación uno a uno de una docena y media de periodistas catalanes. Radio Miramar, Radio Juventud, "Tele-Express", "El Periódico"... Nixon apretaba la mano como están enseñados a apretarla los Presidentes, aunque probablemente no estaba entonces allí —acaso no estuvo durante toda la velada de promoción editorial—, detrás de aquella sonrisa artificial con gotas de humanidad prefabricada, detrás de aquella cordialidad de audiencia regla-

mentaria. Para colmo, la única tirada presentable desde el punto de vista numérico que hay en España —la de "Interviú"— se la trajeron a Nixon como algo extraordinario, asegurándole, por error, que alcanzaba los cuarenta mil ejemplares. Tanto da. Nixon ni lo advirtió y se limitó a programar una expresión de agradable sorpresa inducido por el prólogo.

Debó sufrir Nixon lo indecible durante la cena —si es que estuvo allí— por el acaparamiento dialéctico practicado por el director de un diario barcelonés convencido quizá, ingenuamente, de que le escuchaba. Desfiló por la mesa desde la transición española a la Costa Brava, desde la calidad de los vinos patrios hasta la bondad de los caldos franceses, se repasaron todas las especies de pescados que se encuentran en el Mediterráneo cada vez con más sabor a residuo petrolífero —que sueltan, entre otros, los barcos de la VI Flota americana—, hasta que, finalmente, Nixon habló con su imponente voz de veinte vatios por canal, modulada no obstante y de tonos graves. Entonces sí estuvo Nixon por allí algún rato para decir, entre otras cuestiones interesantes, que lo sucedido en Afganistán, el fracaso en el rescate de los rehenes no van a influir lo más mínimo en el resultado de las elecciones americanas. "El electorado de mi país, lo sé bien, no vota pensando en la política exterior, sino en la cesta de la compra. Los verdaderos problemas a los que Carter debe dar respuesta —y no la tiene— se reducen exclusivamente a dos: la inflación, que ya supera el 18 por 100, y el paro. Es el temor a un aumento de la gasolina y a la eventualidad de perder el empleo lo que movilizará en esta ocasión al

electorado americano. Quizá por eso gane Reagan".

## Compasión por los atletas

Nixon, seis años después de retirarse de la política, sigue siendo el mismo. Límite al Norte con una gran cabeza, aunque a veces la perdiera hasta el punto de costarle su carrera política; al Sur tiene Nixon la gran fosa en la que se precipitó empujado por el "Washington Post", después de que las malditas cintas de Watergate se enredasen entre sus piernas; al Este, sin contemplación alguna, Nixon sigue teniendo a los rusos. Cuando un periodista creyó entender que el ex Presidente proponía una alianza entre americanos, europeos, japoneses y nada menos que rusos, respondió con un "no" tan enérgico como desesperado ante tamaña confusión.

Finalmente, en el Oeste, al término de su vida política, Nixon no tenga quizá ya nada. Tenía hasta hace poco una magnífica residencia en California, pero la acaba de vender y se ha marchado a Nueva York donde vive con su esposa, más cerca de sus hijas, y condenado de por vida a la inseparable compañía de algunos miembros de la "brigada de los sordos".

Los rusos, "the russian", salieron a menudo en la conversación. Compadeció Nixon a los atletas que han estado entrenando duramente para "saltar" en Moscú, pero que no van a poder hacerlo "porque los rusos saltaron" antes sobre Afganistán". "El boicot —dijo el ex Presidente— no tendrá efecto ahora, pero sí lo va a

tener en el futuro, porque será una importante derrota propagandística y los rusos saben bien que la propaganda es un arma tan eficaz como la guerra económica".

Cuba y Angola no pudieron faltar en el turno de alusiones. Para Nixon los rusos habían tomado Angola. Encajó con evidentes signos de molestia una precisión del periodista Miguel Angel Bastenier extrañado por la frase de Nixon: "The Russian have taken Angola". ¿Cómo que han tomado Angola los rusos? ¿Dónde están sus tropas para hacer tal afirmación?, insistió Bastenier. Nixon replicó que si en Angola hay instructores cubanos y Policía de la Alemania Oriental, resulta imposible que llegasen allí sin la ayuda soviética.

## Había que intentar el rescate

Además de apoyar a Carter en el boicot a los Juegos Olímpicos, Nixon acepta que el intento de liberar a los rehenes era necesario llevarlo a cabo. Ahora las posibilidades se han terminado y sólo queda esperar los efectos de las sanciones económicas en combinación con la difícil situación interna de Irán, país en el que hay cinco millones de parados.

Recordó el ex Presidente la importancia de la China cerrada que él acertó a abrir para el mundo occidental. "No dejemos a China sola, aislada —aconsejó—, porque si no se aliara con la Unión Soviética". Aparecería más tarde en la conversación el nuevo secretario de Estado, Muskie, hombre ya mayor, de carácter enérgico, emocional pero dubitativo según Nixon. Se volvió a lo de los Juegos Olímpicos y Nixon dijo: "No sé cómo están ustedes en deportes, pero sí sé que son los primeros en golf y van a serlo muchos años, porque Severiano Ballesteros es enérgico y emocional también. Ballesteros —añadió— sería un buen secretario de Estado".

Al final concedió Nixon unas palabras a la transición española, realzando su importancia; comentó que era la segunda vez que estaba en Barcelona, firmó unos ejemplares de su libro, pidió un aplauso para la intérprete y brindó por América al tiempo que pronunciaba un confuso pero de agradecer "Viva España y buena suerte", que falta nos hace. Al despedirse levantó el brazo a modo de saludo ante multitudes en campaña electoral que quedó como un detalle de sabor americano en aquel pequeño comedor ocupado por dos docenas de personas. Y Richard M. Nixon se fue custodiado por los "sordos" y por Lara, editor que no sólo no es sordo, sino que posee una vista extraordinaria. ■

Nixon, el vendedor de libros, con el fabricante Lara.

